

DISCURSO DEL DOCTOR SERGIO RAMIREZ MERCADO, MIEMBRO DE LA JUNTA DE GOBIERNO DE RECONSTRUCCION NACIONAL DE NICARAGUA, AL RECIBIR EL DOCTORADO HONORIS CAUSA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR Y LA CONDECORACION DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

Al recibir el Doctorado Honoris Causa que en este acto de tanta significación en mi vida, me concede la Universidad Central del Ecuador, quiero convocar a mi pueblo sandinista a recibirlas conmigo.

El pueblo de Nicaragua, marginado y empobrecido, humillado y escarnecido por obra de los poderosos y de los interventores a lo largo de la historia, viene hoy conmigo a este recinto, porque salió de la inmensa noche y del inmenso dolor de su humillación y porque dueño por primera vez de su destino, construye en armas su futuro, y tiene ya su propia voz, la que antes le expropiaron y le negaron; la voz que la Revolución Sandinista le ha devuelto, junto con la tierra y junto con la dignidad, y junto con el derecho a la vida y a la libertad, el derecho a la democracia, y junto con las armas para defender su voz, su tierra, su dignidad, su vida, su libertad, su democracia.

Hablo aquí por los campesinos de mi patria, ocupada dos veces en este siglo por los interventores extranjeros, los campesinos olvidados y analfabetos que se alzaron con el General Sandino para pelear por la dignidad de Nicaragua; los campesinos de mi patria, que tenían derecho a la libertad de prensa de acuerdo a la mentoriosa Constitución Somocista del pasado, pero que no sabían leer ni escribir, ni contra su paga, y la tierra ajena que laboraban de sol a sol, no les pertenecía.

En nombre de ellos, que ahora son dueños de la tierra y del alfabeto, que han recibido más de 1.2 millones de hectáreas de tierra cultivable, en nombre de su alegría porque la Reforma Agraria les ha devuelto la tierra, recibo este Doctorado Honoris Causa.

Hablo aquí por los miles y miles de hombres y mujeres de mi patria, los de las montañas de las Segovias y las riberas del Río Coco en el norte, los de las selvas del Atlántico, indios y mestizos, miskitos, sumos y ramas, todos los nicaragüenses de los valles, las cañadas, los del Río San Juan en el sur y las llanuras ardientes del Pacífico, los de los barrios humildes que no sabían poner ni su nombre en una planilla, que fueron expulsados por siglos de la cultura,

expatriados de la educación, del dominio de la técnica, de la posesión del arte, y de la palabra; en nombre de todos ellos, de los 600.000 nicaragüenses alfabetizados por nuestros jóvenes que se diseminaron a lo largo de nuestro territorio y por todo su ancho, para cumplir la inmensa y hermosa tarea de enseñar y reducir desde un 52% al 12% la tasa de analfabetismo del país; en nombre del derecho a la escuela de esos miles y miles, porque ahora tenemos 1.2 millones de nicaragüenses en las aulas de las escuelas populares, de la primaria, de los centros técnicos, de las universidades, en nombre de todos ellos, recibo esta condecoración.

Hablo aquí por los miles de niños que antes morían en Nicaragua de disentería y de poliomielitis, segados por la injusticia de un sistema cruel como si hubieran sido mala hierba, muertos al nacer y sin derecho a la vida; en nombre de ellos, que ahora crecen sin miedo a la muerte, porque hemos reducido y seguiremos reduciendo la tasa de mortalidad infantil, porque hemos desterrado para siempre la poliomielitis; en nombre de su derecho al futuro, y del derecho de todos nuestros niños a la paz, y a la seguridad, recibo, este Doctorado Honoris Causa.

Hablo aquí por los obreros mineros de Siuna y Bonanza, el único resplandor de sus vidas en el oscuro pasado, la silicosis, mientras extraían el oro para las compañías extranjeras; y hablo por todos los trabajadores de mi patria, por los cosecheros de algodón, los cortadores de café y los peones bananeros, por los obreros fabriles, los que abren caminos y construyen, ahora que somos dueños de nuestras minas, de nuestros bosques, de nuestra tierra y de nuestros recursos de pesca, de nuestras plantaciones; en nombre de ellos, y de sus esperanzas, de su humildad y de su sabiduría, recibo esta condecoración.

Hablo aquí por todos nuestros jóvenes, trabajadores, campesinos, estudiantes, los que conducidos por el Frente Sandinista empuñaron el fusil para derrocar a la dictadura, los que encendieron las hogueras de la insurrección victoriosa, levantaron las barricadas y abrieron las trincheras y forjaron el triunfo; nuestros jóvenes alfabetizadores, maestros populares, investigadores científicos en las jornadas de ciencia y producción, alumnos ayudantes en la universidad, brigadistas de salud, cosechadores en el trabajo voluntario, artista en las brigadas culturales, y milicianos y soldados en las líneas de combate, erguidos frente a los agresores en los campos de batalla; en nombre de todos ellos, de los que han dejado sus puestos de trabajo, sus familias, las aulas de clase para asumir la defensa de Nicaragua, en nombre de quienes no regresaron ni a sus trabajos, ni a sus hogares, ni a sus aulas porque han caído en defensa de lo que es para nosotros irrenunciable, y es nuestro primer amor y nuestra primera voluntad, nuestra soberanía y nuestro derecho a la Revolución; en nombre de todos ellos, recibo este Doctorado Honoris Causa.

Y hablo aquí por los miles de combatientes, campesinos, obreros, estudiantes, técnicos, profesionales; por nuestros soldados que hoy, mientras hablo aquí combaten por detener, y para derrotar a los mercenarios y agresores, a

los antiguos guardias somocistas y a los nuevos traidores; que combaten por conquistar la paz que se nos niega, y que combaten por hacer posible en Nicaragua la democracia, la justicia y la paz. La paz que no es posible sin justicia, sin democracia y sin soberanía plena.

En nombre de todos ellos, soldados de la independencia de Nicaragua frente a la voluntad agresora de los Estados Unidos, recibo esta condecoración.

Y en nombre de todo mi pueblo, sencillo y heroico, humilde pero firme, creador de historia y creador de canciones, de hazañas, de poetas y de soldados intransigentes en el amor a su patria asediada y agredida, queremos decirle al mundo, a los pueblos de América Latina y al pueblo mismo de los Estados Unidos, que queremos la paz. Que no somos agresores de nadie, que no tratamos de imponer nuestra idea de revolución ni nuestro modelo de sociedad a nadie. Que cada pueblo escoja su camino, y nosotros hemos escogido el nuestro, y estamos ejerciendo nuestro derecho a construir una democracia nueva, a elegir entre nosotros mismos, a sacar fuerzas de nuestra propia historia, a nutrirnos de nuestra propia realidad, porque para nosotros los sistemas políticos válidos y verdaderos no se alquilan, ni se reciben en préstamo de nadie, ni se compran, ni se imponen, sino que se construyen en libertad, y con la participación plena y consciente del pueblo.

Por eso es que nuestro pueblo, con la voz propia que ahora tiene, le dice al mundo: Tenemos un modelo propio de revolución. Tenemos escogido nuestro camino hacia la justicia. No volveremos al pasado. No volveremos a ser peón en el tablero de los intereses hegemónico de una superpotencia como los Estados Unidos. Somos un país pequeño, pero plenamente independiente, y no alineado. La paz pasa para nosotros, por el respeto absoluto y sin condiciones a nuestra soberanía. Aspiramos al entendimiento con todos nuestros vecinos, en nuestras fronteras, y con los mismos Estados Unidos. Y le decimos a los Estados Unidos, que entiendan que en Nicaragua hay una revolución verdadera, y que es el pueblo el que hace esa revolución, y el que la defiende, y es el pueblo mismo el que dialoga, el que negocia; en nombre de ese pueblo soberano, que hoy es honrado aquí en el recinto de esta Universidad centenaria, es que también decimos: mientras no consigamos una paz justa, una paz digna, seguiremos luchando en los campos de batalla, precisamente para conquistar la paz que queremos. Y continuaremos, por esa misma paz, esforzándonos en el diálogo, y en apoyar todos los esfuerzos internacionales de paz, como el de Contadora.

Nuestro pueblo en armas, con la voz del General Sandino, repite en este recinto: jamás viviremos una paz cobarde.

Como dirigente de mi pueblo, como universitario, como escritor, que son seguramente las virtudes que ustedes han creído encontrar en mí y han querido honrar hoy recojo este doctorado y esta condecoración, los primeros que recibo en mi vida, porque la Universidad Central del Ecuador y la Casa de la Cultura Ecuatoriana, a través mía las están entregando a mi pueblo.

Le diré a mi pueblo Sandinista, al volver, que esta tarde se han honrado aquí en Quito su voluntad de paz y su decisión de lucha; y se ha condecorado su heroísmo, y su sacrificio, y su esperanza.

Yo, que nada más soy portador de estas distinciones para llevarlas donde pertenecen, les digo, amigos ecuatorianos, amigos universitarios, escritores y artistas de este país para nosotros tan querido, que yo sólo aspiro a ejercer el oficio que los aborígenes de nuestra América tenían en la más grande honra: Ser el gran lengua de la tribu.

La razón de mi vida es ser lengua de mi pueblo.

Muchas gracias.

Quito, 9 de agosto de 1984



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL